

## **Espiritu Santo**

### **Marta Morales**

La Pascua es el inicio de la gracia, Pentecostés es la corona de esa gracia, dice San Agustín. Es como el cumpleaños de la Iglesia, es el inicio de la cosecha en el mundo. San Pedro convirtió a tres mil en un solo discurso. La confirmación es el sacramento de la evangelización, una vez que vino el Espíritu los Apóstoles pudieron proclamar el Evangelio incluso poniendo en peligro su vida.

Don Rafael Llano Cifuentes escribe: "Después de Pentecostés, los judíos que habían perseguido a Jesús comenzaron a ver cómo, de forma avasalladora, se propagaba su doctrina. Aquel fuego, que habían intentado apagar dándole muerte a Nuestro Señor, se extendía como un gran incendio, atizado por un viento desconocido, que no era otro sino el viento del Divino Paráclito. Después de la conversión de aquellas tres mil personas, en pocos días, el número de los discípulos llegaba a cinco mil (Act. 4, 4)".

Los apóstoles predicaban la doctrina de Cristo con una seguridad que asombraba a todos, ya que eran considerados hombres sin recursos y sin cultura (Act 4, 32). Los veían transformados, hablando con la autoridad de Cristo y obrando con el poder de Cristo, como ellos mismos lo afirmaban (Act. 4, 10). Y hasta la sombra de Pedro curaba a los enfermos" (Act. 5, 15).

"Aquellos hombres se parecían al Maestro por su mansedumbre y humildad, por su valentía y su dignidad y, especialmente, por su determinación jubilosa de dar la vida por el Evangelio. En suma, los judíos habían querido dar muerte a Cristo, y ahora se encontraban con muchos cristos: tantos como apóstoles y discípulos. Esta maravilla divina no podemos considerarla como una realidad incrustada en el tiempo, perdida entre las nieblas de la historia. Es - tiene que ser - una realidad viva, actual, porque el poder de Dios no ha disminuido y la gran fuerza del Espíritu está siempre renovando la faz de la tierra. Si tuviésemos una fe tan pequeña como un grano de mostaza, nosotros mismos reproduciríamos los milagros del Evangelio y de los Actos de los Apóstoles. Por eso, coloquémonos también al lado de María, para hacer, cada uno de nosotros, la experiencia íntima del Espíritu Santo, para que en nosotros se haga realidad la maravilla de Pentecostés".

¿No sentimos nosotros también, por ventura, esa inmensa desproporción entre nuestra misión y nuestra miseria personal?; ¿entre el fabuloso trabajo que tenemos que realizar y nuestras limitaciones humanas, flaquezas, abandonos y desidias?; ¿entre la santidad que esperan de nosotros y nuestras negligencias e inconstancias, nuestras sombras y pecados?...

Hacer la experiencia íntima de Pentecostés, lleva a comprender que nosotros debemos vivir antes, lo que queremos que los otros vivan después. En los caminos espirituales, que son como los senderos de montaña, no bastan los letreros que indican el camino, pero que se quedan parados. Son necesarios guías, que se coloquen al frente, que tengan el camino encarnado, que digan con la fuerza de una convicción arraigada: ¡Sígueme! ¡Hagan lo que digo y hagan lo que hago! Nosotros tenemos que ser esos guías. Tenemos que ser como el Espíritu Santo que abre caminos como conductor, como guía, como líder, según reza un antiguo cántico litúrgico. En esto encontramos el secreto de nuestro liderazgo. Esta autenticidad, esta coherencia es lo que verdaderamente arrastra. Es así como el cristiano se convierte en un pionero de la santidad, que abre nuevos caminos y fronteras, llevando detrás de sí una multitud de hombres, quizá, irresolutos, confusos y dubitativos.

Paulo VI decía que el mundo contemporáneo estaba más dispuesto a oír los testigos experimentales que los maestros; y si se oía a los maestros es porque antes ellos habían sido testigos.

No podemos tener miedo de esa transparencia: ¡que nos vean como somos! Que vean el fondo de nuestra alma, que no nos importe que descubran nuestras limitaciones, lagunas, defectos y perplejidades. Dejarían entonces de ver algo que les repugna mucho más: nuestra autosuficiencia vanidosa y nuestras teatralidades; y pasarán a vislumbrar esa sencillez encantadora, que atrae y cautiva.

Alguien contaba la experiencia que tuvo al viajar en el mismo avión que Teresa de Calcuta. Al poco tiempo de sentarse en su lugar, una azafata se aproximó a ella, le hizo una confidencia personal y le pidió su bendición. Minutos después, otra funcionaria del avión hizo lo mismo. Y más tarde uno de los comisarios, y otro, y otro, hasta que terminaron saliendo los pilotos de la cabina para estar un rato al lado de ella y recibir también su bendición. El ambiente del avión cambió por completo. ¿Que atractivos humanos tendría esta insignificante mujer, esta viejecita de rostro arrugado, diminuta, ya encorvada por los años? El atractivo de la bondad, de la virtud, de la abnegación total, del amor a los pobres, de la santidad... El atractivo de ese *bonus odor Christi* (II Cor. 2, 15) de que nos habla San Pablo, ese perfume, ese aroma, que cautiva y arrastra.

Esto nos habla del atractivo que suscita la santidad, del magnetismo que irradian los santos -como encarnación viva de la figura de Cristo-, de la capacidad transformadora de su presencia y de su ejemplo. (Hasta aquí R. Llano).

Santo Tomás de Aquino señala de manera general que es por el don de la caridad como el alma es asimilada al Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo es esencialmente amor. Es el Amor del Padre y el Amor del Hijo. El Padre nos ama en su Hijo con el amor con que ama eternamente a su Hijo. (Alexis Riaud, *La acción del Espíritu Santo en las almas*, p. 168).